

—Miente! mente el idiota! repitió furiosa la Lamotte.

—¿Qué fué con el pagaré que se entregó á los joyeros Bohmer y Bassenge? Sabéis algo de eso?

—Sí, señor, contestó Vilette suspirando. Sé de eso, porque yo lo escribí por el dictado de la condesa y añadí la firma.

—¿Teniais modelo?

—Sí, señor, la firma del facsimile.

—¿Imitabais la firma de la reina siguiéndolos por la que aparecía en la carta impresa?

—No exactamente, porque allí solo se leía— María Antonieta,—y creyendo la condesa que ese era un modo confidencial de firmar que solo cabía en una carta de una hija á su madre (la carta impresa era en efecto de la reina á la emperatriz de Austria) no estimó prudente se copiara la firma fielmente en un documento de carácter oficial. Tuvimos una discusión sobre el asunto, y al fin se acordó que la manera conveniente y propia seria—María Antonieta de Francia. Así copié yo esta fórmula repetidas veces y al fin firmé el pagaré.

—Miente! gritó otra vez la condesa. Miente el bribon desorejado.

—Estoy dispuesto á dar la prueba de la verdad de mis palabras. Si V. S. me manda dar pluma, papel y tinta, extenderé la firma de la reina del mismo modo que aparecen el pagaré.

Se le dieron al hombre los avíos pedidos y sin titubear escribió en un papel cuatro palabras y se le dió al alguacil para el presidente. Este lo examinó y comparó con el pagaré y despues le pasó ambos al fiscal general, quien hizo lo mismo que el primero y en seguida pasó papel y pagaré al juez mas inmediato. De este modo pasaron de mano en mano hasta que dieron la vuelta y vinieron á parar otra vez en las del presidente, quien, poniéndose en pié, dijo:

—Creo firmemente que la letra de este papel es idéntica en su forma á la del pagaré. El testigo ha dado pruebas al parecer concluyentes que convencen que el mismo escritor de la firma, fué el que escribió las cartas al cardenal.

El ha sido el culpable instrumento de la criminal Lamotte Valois. Los jueces que son de mi misma opinion que se pongan de pié.

Todos se levantaron como un solo hombre.

Dió un chillido desgarrador la condesa y cayó en tierra desmayada.

—Declaro concluido el proceso y cerrada la audiencia; prosiguió el presidente cubriéndose la cabeza con el birrete de oficio. Que se lleven la deliniente y el testigo y se despejen las galerías. El Tribunal pasa á la sala de consultas para extender la sentencia que se publicará mañana.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO VII.

SINIESTRO AUGURIO.

Se acercaba á su fin el largo é interminable día 31 de agosto de 1786. Todo París lo habia esperado con febril impaciencia. Nadie habia podido atender á sus negocios. Las tiendas estaban cerradas, vacíos los talleres de los artesanos, aun se mantenian silenciosos y desiertos los cafés y mesones. Los cocineros no tenían nada que hacer, habian dejado apagar la lumbre, porque no parecia sino que los Parisienses habian perdido el apetito y que nadie tenia tiempo para comer.

La verdad es que en París ese día nadie sentia hambre de alimento para satisfacer el cuerpo. El hambre era de noticias, pasto que satisficiera la curiosidad pública.

Y las noticias que mas se apetecian debian salir de la sala del Tribunal en el palacio de Justicia. Allí era á donde habia acudido todo París para saciar su hambre de noticias.

Los jueces se hallaban reunidos en la sala de lo criminal para pronunciar sentencia decisiva en la causa del collar de diamantes, y declarar á toda la Francia, ¿qué decimos? al mundo entero, si la reina de la nacion era inocente á los ojos de Dios y de sus representantes en la tierra, ó si debía posarse en lo adelante sobre aquella soberbia frente, una sombra de sospecha.

No menos que á las cinco y media de la mañana los jueces del Tribunal Supremo de Justicia, en número de cuarenta y nueve, se habian

reunido en la sala de consultas para pronunciar sentencia.

Desde muy temprano se habia ido congregando una multitud inmensa de gente en la plaza, delante del palacio de Justicia, esperando en el colmo de la ansiedad que se abrieran las puertas macizas del edificio y saliesen los jueces y publicasen la sentencia.

Pero se pasaba el día y las puertas permanecian cerradas, y no se sabia palabra de lo que pasaba en la sala de consultas.

La dilacion ocasionada por las largas deliberaciones de los jueces, produjo su fruto natural, el fastidio, las quejas y las murmuraciones, en fin. De cuando en cuando era de verse mas de un individuo de facciones toscas y expresion siniestra, que se abria paso por entre los grupos mas compactos de pueblo y soltaba palabras punzantes, que provocaban la general impaciencia. Allí se hallaban todos los oradores de los clubs y de las sociedades secretas; allí se hallaban los instrumentos de los enemigos ocultos de la reina, enviados para pervertir la opinion pública respecto á esa augusta señora, y predisponer al pueblo contra ella, aun cuando los jueces la absolvieran de culpa y pena; eso es, si no declaraban inocente al cardenal de conspiracion contra el soberano y desprecio de la majestad de la reina.

Se sabia que el fiscal en su conclusion habia aludido al castigo del cardenal. Tal era la única nueva que habia traspirado en el pueblo, comunicada por algun periodista privilegiado ó amigo de la reina; y se propagó como el

viento por todo París, distribuyéndose miles de miles de ejemplares de las palabras del fiscal.

Poco mas ó ménos el siguiente se decia era el resumen de la conclusion de dicho funcionario:—Se le hacia cargo al cardenal de Rohan, 1.º de haber tenido la audacia de mezclarse en el asunto del collar; 2.º y todavia mas de suponer que la reina le diese cita por la noche. Por todo lo cual debia condenársele á pedir perdon al rey y á la reina en presencia de toda la corte. Ademas, debia exigirsele hiciera dimision de su empleo de limosnero mayor en un tiempo fijo, alejarle de la residencia real, prohibirle presentarse en los sitios donde puede hallarse la real familia, y últimamente, permanecer en la prision hasta la completa terminacion de la causa.

Los amigos y dependientes del cardenal, lo mismo que los enemigos y perseguidores de la reina, recibieron las supuestas palabras del fiscal con disgusto y aun cólera, acusándolo de hombre servil que delante del trono doblaba la vara de la justicia, y por via de desahogo soltaban especies mas ó ménos calumniosas contra la reina, la cual, con sus coqueterias y el dinero del collar, habia sobornado los jueces.

—Pero aunque la abuselvan los jueces, declamaba Marat en el centro de un gran grupo de gentes, no la perdonará el pueblo, el cual ni se compra ni se vende. No, nada podrán los hermosos ojos ni las seductoras sonrisas de la Austriaca, cuando su causa se vea ante el tribunal del pueblo. Este no cree en el cuento de las cartas forjadas.

—Por supuesto que no creemos; gritaron muchas voces á un tiempo. La reina escribió esas cartas, ella sabe escribir cartas de amor.

—A la reina le gustan los enredos, tronaba el cervecero Santerre en medio de otro grupo de descamisados con tafia boca abierta. Lo que queria ella era probar si una muchacha bonita del pueblo podia representar el papel de reina de Francia, al mismo tiempo que vengarse del cardenal, porque le hizo no sé qué ofensa cuando era todavia una chiquilla. No se portaba como debia una delina cuando el cardenal se arrojó á reprenderla. Y para que vean Vds., desde entónces la reina le ha echado tales miradas al cardenal, se le ha sonreido de modo y le ha mostrado tanto aparente desden, que el pobre hombre se enamora perdidamente de la tentadora Austriaca. Hé aquí lo que ella buscaba para vengarse á su gusto. Le dió la cita al cardenal y se estuvo á ver á su favor, lo que pasaba entre él y la señorita Oliva; por lo cual podrá notarse que no es cosa muy difícil representar el papel de reina de Francia.

—Ya, ya se arreglarán esas cuentas; dijo el zapatero de viejo Simon, que se hallaba inmediato. El cardenal equivocó una muchacha del pueblo con la reina de Francia; dia vendrá en que no sea una equivocacion, sino que de veras los de arriba bajen y los de abajo suban.

Esta salida del zapatero fue saludada con risas y palmadas, pero en medio del ruido resonó un grito de cólera, que salió de los labios de un hombre en traje de paisano, el cual con sus fuertes brazos se habia abierto camino por entre las apiñadas masas, con el fin de acercarse cuanto le fuese dable á las puertas del palacio

de Justicia y ser de los primeros en averiguar el fallo del tribunal.

Tal vez los mas inmediatos al hombre oyeron su grito, lo cierto es que pocos pararon la atencion en él, cuando con torva expresion oia los discursos malignos de la plebe y replicaba á ellos con miradas flamigeras; conociéndose por los apretados labios que hacia grandes esfuerzos por ahogar la palabra en la garganta.

Consiguió al fin llegar á la misma puerta del palacio, y allí se estuvo calado, inmóvil y con aspecto sombrío, ya sin oír palabra de los groseros discursos é indecorosas observaciones que se hacian en torno suyo, ni ver otra cosa que la maciza puerta cerrada á su curiosidad.

Por último, despues de mucho esperar, á tiempo que el sol se ponía, se abrió la puerta un poco y salió un hombre, á cuya vista, el pueblo que habia prorumpido en una exclamacion de delicia, enmudeció de repente luego que reconoció que no era el funcionario que debia anunciar el fallo del tribunal, sino un portero, que guardaba la puerta exterior del palacio.

Cuando ascendia los escalones de la escalinata con aire indiferente, contestaba á las preguntas en alta voz de la multitud sobre el fallo, sin volver la cara:—Yo no sé. Ya lo sabreis todo, si teneis un poco de paciencia. Ha sonado la hora de mi guardia y me marcho á casa, porque estoy medio muerto de hambre y sed.

—Paso al pobre portero, gritó el jóven á que antes hemos aludido poniéndose por fuerza á su lado. Ved qué fatigado está. Venga, buen hombre, deme la mano, yo le ayudaré á salir de estas aperturas.

Y en efecto, tomó el anciano por una manieca y codeando aquí y empujando allá le abrió paso franco por medio de la apiñada multitud. Parte por la fiera resolucion del guia, parte porque la curiosidad popular estaba fijada en la puerta del palacio, él y el portero encontraron ménos dificultad en salir.

—¿Se ha pronunciado el fallo? preguntó el jóven al portero por lo bajo, luego que se alejaron un poco.

—Sí, señor Toulan, contestó el hombre en el mismo tono. Precisamente, cuando poco antes de rendir la guardia, llevé un vaso de agua al Consejero. S. S. me dió el papel en que se contiene la sentencia.

—Dámele Juan, mas de modo que nadie lo observe, porque si lo viesen, sospechando su contenido, me le arrebatarian y harian pedazos.

En cumplimiento de aquella súplica ó mandato, el anciano deslizo un papel muy doblado en manos del jóven, quien, dando las gracias y saludando con la cabeza, se separó al punto de aquel y se abrió paso en opuesta direccion. Pronto ganó la calle próxima á la plaza, apretó el paso entónces y atravesando diversas calles y callejones, abundantes á la sazón en París, llegó al fin á la puerta que conduce á la calzada de Versailles. Inmediato á esta se hallaba un mozo de blusa azul, el cual á espacio, mas incesantemente, paseaba arriba y abajo por la brida, un caballo ensillado.

—Ola, Ricardo, aquí! le gritó el jóven á quien el portero del palacio de Justicia dió el nombre de Toulan.

—Ah! contestó el mozo corriendo hácia él con el caballo. ¿Sois vos? Al fin habeis venido, señor Toulan. Ya hace ocho horas que le aguardo.

—Te has ganado un franco por cada hora, dijo el señor Toulan, sentándose de un salto en la silla. Ahora á casa, Ricardo, y si ves á mi amada, dale recuerdos míos.

Alzó las riendas del caballo, le clavó las espuelas en los hijares, y el brioso animal partió como una zaeta despedida del arco por la calzada de Versailles.

Allí tambien, en el palacio de los reyes, aquel día habia sido de continua espera y ansiedad. El rey, luego que despachó los negocios de estado con sus ministros, habia ido á su taller para darle la última mano á una cerradura de su invención, con su cerrajero Girard.

La reina no habia salido de su aposento en todo el día, ni su amiga del alma la duquesa Julia de Polignac, habia podido animarla ni distraerla con el chiste de su conversacion. Al fin, cuando vió que todos sus esfuerzos eran vanos y que no habia forma de disipar la tristeza de la reina, le propuso la duquesa ir al Trianon y reunir allí el círculo de los amigos predilectos.

—Hablas del círculo de mis amigos; le contestó la reina en el mayor abatimiento. ¡Ay! El círculo de los que yo creia amigos míos se ha rompido, tan rompido, que apenas quedan fragmentos, y temo reunirlos, porque sé que una vez roto, no hay medio humano de atarlo de nuevo.

—De modo que ya no cree María en la amistad? Duda de nosotros? Duda de mí?

—No dudo de todos ustedes y menos de tí, Julia; repuso María Antonieta echando una mirada melancólica á su amiga. Mi duda se cifra en la posibilidad de que la reina tenga amigos verdaderos. Siempre olvidé, cuando me hallaba con ellos, que yo era la reina, pero ellos no lo olvidaron jamas.

—Ellos no debian olvidarlo nunca, replicó la duquesa con dulzura. A vueltas del cariño que profesaban á María Antonieta, fuerza es que los amigos tuvieran presente que ella era la reina y que le debian tanto respeto como amor, tanta obediencia como amistad. Y si guiados por la deferencia con que los trataba, se hubiesen creído iguales á ella, habrian cometido un abuso y un disparate imperdonables.

—¡Ah! Julia, Julia! exclamó la reina oprimiendo el pecho con la mano derecha, como para impedir que saltaran las lagrimas ya asomadas en los bellos ojos. Tus palabras me causan pena indecible.

—Sabe María Antonieta, continuó la duquesa, el uso modesto que hago de la confianza que ella se digna dispensarme; sabe el profundo respeto con que me atrevo á pronunciar el nombre de mi reina, cuando sucede que tengo que hablar de ella ante su augusta madre y su real esposo. Sabe ademas...

—Sí, todo lo sé, le interrumpió. Sé que no se ha hecho para la reina la amistad, el amor, la felicidad. Sé que ustedes todos, á quienes he amado tiernamente, se creen mas maltratados que beneficiados; sé, que con esta declaracion, ya no hay dicha para mí. Tiendo las miradas al porvenir y ya descubro las opacas nubes que se acumulan y amenazan

tempestad. Todo lo veo, no me hago ilusion. Pasaron los bellos días, los goces del Trianon, la fragancia de sus flores, el canto de sus ave-cillas.

—¿Y de veras que mi querida María Antonieta no le dará una caradita hoy? Hace un hermoso tiempo, brilla el sol con todo su esplendor y la puesta no podrá menos de ser magnífica.

—Magnífica, gloriosa puesta del sol, repitió la reina con amarga sonrisa. A la reina le es permitido por lo menos ver el sol ponerse, la etiqueta no se ha metido en eso, como se ha metido en que no vea la salida del mismo astro y en que no se regocije con el bello espectáculo del alba. Desde que soy reina solo he visto una vez la salida del sol y todo el mundo exclamó:—Escándalo, calificando el hecho entre los delitos graves. Llovieron sobre mi cabeza los epigramas y las sátiras, se rió toda la Francia de ganas. ¿Todo por qué? Porque la reina con la corte, tuvo la humoralda de ver la salida del sol. ¿Y ahora quieres tú, Julia, que yo vea la puesta? No, no, por nada de este mundo contemplaré el espectáculo que anuncia la venida de la noche. Para mí ya todo es tinieblas y siento las tempestades que se acercan. Vete, Julia, déjame sola, porque ves por tí misma que no se puede sacar nada de mí hoy. No puedo reír, ni manifestar alegría. Vete, no sea que se te pegue mi tristeza, lo que me causaria doble pesadumbre.

No replicó la duquesa, hizo una profunda reverencia y se marchó lo mas callandito que pudo. La reina tenia vuelta la cara hácia otra parte; de manera que no advirtió la ausencia de su amiga hasta que resonó en sus oídos el golpecito de la puerta al cerrarse.

—Se ha marchado! exclamó registrando con la vista todos los rincones del aposento. En realidad ha partido. ¡Ah! Ella es como los demas, jamas me amó de veras. ¿Pero quién me ama tampoco? Quién hay en el mundo que me quiera y olvide que soy la reina? ¿Dios mio! mi corazón suspira por cariño, busca la amistad, y ni una ni otro ha encontrado nunca. Y es que convierten en crimen este mi continuo desear, me reprenden porque tengo corazón. ¡Ay! Dios de misericordia, ten piedad de mí. Pon al menos una venda sobre mis ojos para que no vea la infidelidad de mis amigos. Sosten por lo menos mi fé en la amistad de mi Julia, y no permitas que sienta toda la amargura de mi soledad.

Se cubrió la cara con las manos, se dejó caer en una silla y allí permaneció largo rato inmóvil, entregada á sus tristes pensamientos.

Después alzó la cabeza, echó en torno de sí una mirada recelosa, y notó que ya se habia puesto el sol y que empezaba á oscurecer, con cuyo motivo se estremeció de horror.

—Ya se habrá pronunciado la sentencia, dijo solloquiando. A esta hora ya se sabe si puede calumniarse é insultarse á la reina de Francia impunemente. ¡Ah! ¿cómo lo averiguaría yo? No dijo Campan?... Es preciso que yo la vea ahora mismo.

Dicho lo cual entre sí, la reina se levantó bruscamente y salió de su aposento con ligeros pasos. Atravesó su camarín y abrió la puerta que conducia á la sala de su camarera mayor, madama Campan.

Esta se hallaba de pié en la ventana, tan embebecida en la contemplacion del crepúsculo, que no advirtió la entrada de la reina hasta que á pocos pasos la llamó en alta voz.

—¡La reina! exclamó la camarera asombrada. ¡La reina! y aquí en mi sala!

—¿Qué, Campan, te asustas? le dijo María Antonieta con un movimiento de impaciencia. ¿No te parece acertado que la reina éntre en la alcoba de su camarera de confianza? O crees que es contra la etiqueta? Lo sé por mi mal, pero son estos tiempos, mi querida Campan, en que la etiqueta abdica su poder, en que bajo la púrpura real, el pobre corazón humano, con todas sus miserias, se presenta en primer término. Y en esta hora menguada para mí, conociendo tu lealtad, he venido á verte. ¿No me dijiste, Campan, que sabrias la noticia tan pronto como se pronunciasse la sentencia?

—Sí, señora, la espero, y por esa razon me hallaba á la ventana observando si venia mi mensajero.

—¿Cosa extraña! dijo María Antonieta pensativa. Me llaman la reina de Francia y ¡en embargo nadie se apresura á comunicarme el resultado de este importante negocio, al paso que mi camarera mayor tiene amigos fieles que hacen por ella lo que nadie hace por la reina.

—Perdone V. M., repuso madama Campan sonriendo. Lo que álguien hace por mí hoy, no lo haria quizas si yo no fuese la camarera mayor de la reina. Ayer estuve en casa del consejero Bugeaud, á fin de pagar una visita atrasada á su familia, pues ha de saber V. M. que su esposa es prima mia.

—Lo que quiere decir, agregó la reina con ligera sonrisa, que no fuiste á visitar á tu prima meramente, sino á su marido, y tendrás que confesar, mi buena Campan, que para ver de inclinar el ánimo del consejero...

—Así es, confieso á V. M. que deseaba averiguar si en realidad Bugeaud se habia pasado al enemigo. Sabe V. M. que madama Marsan ha visitado á todos los consejeros, y depreciables por Dios y la Santa Madre Iglesia absuelvan al cardenal de culpa y pena.

—O lo que es lo mismo, que absuelvan al cardenal y me condenen á mí; dijo la reina cólerica. Porque absolverle á él, es culparme á mí y manchar mi honor.

—Eso mismo le dije yo á mi primo el consejero y felizmente en su familia encontré apoyo. Sí, puedo asegurar á V. M. que en su familia los hay fieles y consagrados alma y vida á V. M.

—¿Quiénes son esos? preguntó la reina. Nómbramelos, á fin de que los tenga presentes en mis horas de amargura.

—En primer lugar, ahí está la hija del consejero, la linda Margarita, quien admira tanto á V. M. que emplea sus pocos ahorros en alquilar coche para ver á V. M. en toda fiesta en Versailles; tambien está y muy principalmente, el amante de esa jóven, un caballero nombrado Toulan, buen mozo, adornado de bellas prendas, el cual casi idolatra en V. M. Este es el que me ha prometido traerme noticia de la decision de los jueces tan pronto como se pongan de acuerdo. Y es de añadirse, que á su elocuencia mas que á la mia, se debe el que Bugeaud viese la necesidad de dar su voto contra el cardenal y ponerse del lado de la justicia.

En este punto, la puerta que daba á la antesala se abrió con estrépito, y entró un lacayo.

—Acaba de llegar el caballero á quien V. espera; dijo hablando con madama Campan.

—Es el señor Toulan, dijo ella al oído de la reina. Trae la sentencia. Dí al caballero, añadió alto dirigiéndose al lacayo, que espere en la antesala, é irá á recibirle al punto. Ve. Ruego á V. M., dijo luego que salió el lacayo, tenga la bondad de permitirme recibir al jóven aqui.

—Eso quiere decir, mi querida Campan, repuso la reina sonriendo, que debo desocupar el puesto. Pero no estoy dispuesta á ello, prefiero quedarme. Deseo ver el jóven que dices es tan fiel amigo; ademas, saber el resultado del juicio lo mas pronto posible. Me ocurre una idea: el biombo de la chimenea es mas alto que yo, si me escondo tras él, no me verá el jóven ni tendrá sospecha de mi presencia, mayormente siendo ya oscuro. Ea pues, que éntre. Ansio oír las nuevas que trae.

La reina, en efecto se ocultó detras del biombo y madama Campan abrió la puerta de la antesala.

—Adelante, señor Toulan; dijo ella en alta voz, y luego al punto apareció en la puerta la elevada y robusta presencia del jóven. Con la velocidad de la carrera, tenia las mejillas encendidas, los ojos chispeantes y la respiracion breve y recia.

Le tendió la mano madama Campan, le dió la bienvenida con aire amistoso, y le dijo:

—¿Con que ha cumplido V. su palabra? Me trae V. la noticia del fallo del tribunal?

—Sí, señora, le traigo; contestó en voz apagada y tono triste. Solo siento haberla hecho esperar tanto, pero no tengo la culpa. Tocaban las ocho en la torre de San Jaime cuando recibí la noticia.

—¿Las ocho! repitió madama Campan consultando su reloj de mesa. ¡No son las nueve todavia! Qué, ¿ha corrido V. las diez y ocho millas que hay de Paris á Versailles en una hora?

—Así es, señora, y le aseguro que nada tiene de admirable. De antemano habia puesto yo caballos de relevo de trecho en trecho á lo largo del camino. A veces me imaginé que henchía el aire como un pájaro y en efecto ahora me parece que he volado. Ruego á V. me perdone si me siento en su presencia, porque me tiemblan un sí es no es las carnes.

—Por supuesto, mi querido y jóven amigo, siéntese; dijo madama Campan.

Y ella se apresuró á acercarle una silla de brazos.

—Solo por un instante, agregó el jóven desplomándose en el asiento. Pero no tiemblo de la tremenda carrera, sino del gozo y la agitacion. Tal vez he tenido la dicha de prestarle un pequeño servicio á la reina, pues que me dijo V. que era muy importante á S. M. saber el fallo lo mas pronto posible y nadie se me ha anticipado, ¿no es así?

—Cierto, amigo mio, la reina sabrá lo que ha pasado en el tribunal, primero por V. que por ningun otro; y yo tendré cuidado de informar á S. M. que V. ha sido el portador de la noticia.

—No, señora, replicó él con viveza, no, preferiria que no dijese V. á la reina que he sido yo el portador, porque no sabemos si la noticia

es buena ó mala, si le causará alegría ó pena á su noble corazón; y en este caso, mi nombre, si lo averiguara, le sería molesto. No, preferible es que nunca lo sepa, así no estará ligado para ella á desagradables asociaciones.

—De manera que V. no sabe cuál ha sido el fallo? le observó madama Campan admirada. Como! ¿Me trae V. la sentencia y no la sabe?

—En efecto, no la sé, señora. El consejero, padre de mi Margarita, me la envió por escrito y no he tenido tiempo de leerla. Quizas me faltó también el valor, porque si hubiera visto que contenía algo que pudiera causar disgusto á la reina, no me habría atrevido á traer el papel hasta aquí y entregárselo á V. En esta virtud, no lo he leído y solo me he ocupado de traerle, á fin de ahorrar por ventura á la reina un cuarto de hora de inquietud y ansiosa espera. Hé aquí, señora, el papel que contiene la sentencia. Llévela á S. M. y Dios justo conceda que no contenga nada molesto para ella.

Se puso en pié y entregó á madama Campan el papel doblado que había recibido en frente del palacio de Justicia.

—Y ahora, señora, prosiguió, permítame que me retire y me vuelva á París, no sea que esté con cuidado por mi ausencia, Margarita, fuera de que hay temores de desórdenes en la ciudad; y deseo hallarme cerca de mi casa.

—Puede V. retirarse, mi jóven amigo; le contestó madama Campan apretándole la mano con efusión. Reciba V. mis mas fervientes gracias por su eficacia y esté seguro de que la reina lo sabrá todo. Pásele V. bien! Adios!

—No, gritó María Antonieta saliendo muy risueña de su escondite. No, no os vayais, señor. Deteneos, á fin de que la reina os dé las gracias por el desinteresado celo que habeis desplegado en mi favor hoy.

—¡La reina! exclamó Toulan en baja voz poniéndose pálido. ¡La reina!

Y cayendo de rodillas contempló á la reina con tal expresion de embebecimiento y admiracion, que ella se enterneció, y le dijo:

—Mucho tengo que agradeceros, señor Toulan, no meramente porque habeis sido el portador de importantes noticias, sino porque me convencéis de que la reina de Francia tiene amigos fieles y sinceros; convencimiento tan grato para mí, que aunque me trajerais malas nuevas, sería bastante á suavizar mi pena. Contad con mi agradecimiento, señor de Toulan.

Comprendió éste que la reina le despedía, se puso en pié y se retiró hácia la puerta, sin apartar los ojos de la reina, y una vez abierta, volvió á caer de rodillas en el quicio, como agobiado por sus emociones. Junto las manos, elevó sus grandes ojos al cielo y dijo en tono alto y solemne:

—¡Dios mio, gracias por este momento de gozo! Desde hoy me consagro al servicio de mi reina. De aquí adelante ella será la divinidad de mi devocion, y á quien, si valgo alguna cosa, ofreceré mi sangre y mi vida. Esto juro y Dios y la reina han escuchado mi juramento.

Y sin volver otra vez los ojos á la reina, ni saludarla tampoco, Toulan se levantó poco á poco y á espacio salió del aposento cerrando la puerta firmemente tras sí.

—¡Cosa extraña! murmuró la reina. ¡Cosa extraña, en verdad! No puedo negar que cuan-

do él hizo el juramento, sentí un estremecimiento en mi alma, por parecerme que una voz interior me decía que alguna desgracia ha de sucederme y que entonces ese jóven se hallará á mi lado.

—Tan excitada está hoy V. M. que cree ver un triste augurio en todo lo que oye; le dijo madama Campan.

—Pero la sentencia, la sentencia! gritó la reina. Dame el papel, quiero leerle.

—No sería mejor, observó madama Campan titubeante, que V. M. le recibiese en presencia del rey y que él le leyese?

—No, no, Campan. Si es favorable, yo tendré el placer de llevar al rey las buenas nuevas; si no lo es, tendré tiempo de reponerme ántes de presentármele.

—Pero con esta oscuridad dudo que V. M. pueda leer el manuscrito.

—Tienes razon. Pasemos á mi sala de recibimiento. Ya deben de haber encendido allí las velas. Ven, Campan, como á ti debo este mensa-je temprano, serás la primera en saberlo. Ven.

Dicho lo cual ambas pasaron á la sala de recibimiento, la reina agitada y su camarera mayor con el semblante anublado.

Tenia razon la primera; estaban encendidas las bujías en sus aposentos, difundiendo una viva claridad en ellos. Era, sin embargo, ménos brillante la luz del camarín de porcelana, como le gustaba á María Antonieta que estuviese, cuando ella se hallaba allí sola y sin ceremonia. No estaban encendidas las bujías del candelabro principal, y sobre la mesa de china de Sévres y palo de rosa que se veía delante del divan, había dos candeleros de plata, cada uno con dos velas de cera. Estas cuatro luces eran las únicas que alumbraban el camarín.

—Ahora, Campan, dame el papel; dijo la reina dejando caerse en una silla de brazos que se hallaba delante de la mesa, junto al divan. Pero no, mejor será que tú lo leas... sin quitarle ni añadirle sílaba. ¿Me lo prometes?

—Me manda V. M. y es fuerza que yo obedezca.

—Lee, lee, repitió María Antonieta. Sepamos la sentencia.

Desdobló el papel madama Campan y se acercó á la luz para ver mejor. María Antonieta se inclinó hácia adelante, juntó las manos en sus rodillas y miró á su camarera con expresion de ansiedad.

—Lee, lee, volvió á decir ya con labios temblorosos.

Madama Campan inclinó la cabeza y leyó: Primer.—Se declaran forjadas la letra, el pagaré y las firmas, cuerpo del delito, que se han querido hacer pasar por de la reina.

Segundo.—Se condena al conde Lamotte á la pena de galeras por toda su vida, por complicidad en el delito de falsificación.

Tercero.—Se condena á la mujer Lamotte á la pena de azotes, ademas de marcársele los hombros con la letra F y encerrársele por vida.

Cuarto.—A Retaux de Vilette se le destierra de Francia para siempre.

Quinto.—A la señora Oliva se le absuelve de la instancia y se pone en libertad.

Sexto.—Al señor cardenal...

—Bien; y qué? gritó la reina con impaciencia. ¿Por qué tartamudeas y tiemblos, Campan? Le han absuelto. Lo veo. Continúa Campan.

Y esta continuó leyendo:

Sexto.—Al señor cardenal de Rohan se le declara absuelto de culpa y pena y se le permite publicar esta sentencia.

—¡Absuelto! repitió la reina saltando de su asiento. ¡Absuelto! ¡Ah! Campan, lo que temía ha sucedido. La reina de Francia, está visto, es la víctima de cábalas é intrigas infames. Uno de sus vasallos, hiere, lastima á la reina de Francia en su honra, en su dignidad y en su virtud, y no hay castigo para él, le dan libre. Compadéceme Campan. —Pero no, por el contrario, yo te compadezco á ti, tengo piedad de la Francia! ¿Si no hay jueces imparciales en un asunto que mancilla mi reputacion, qué puedes esperar tú, qué puedes esperar los demas, cuando seas juzgado por negocios que atañen á vuestra felicidad y honra? Estoy afligida, triste en lo profundo de mi alma, y me parece que en este instante se encierra el epitome de mi futuro destino. Se me figura que me cubren las sombras de la noche de la vida. Pero... ¿qué es eso Campan? Apagaste la vela?

—Ve V. M. que estoy lejos de ella.

—Mira, se ha apagado una de las velas.

—Es cierto, contestó madama Campan mirando á la bujía sobre la cual aun se cernía una nube azulosa. La luz se ha apagado, pero si V. M. me permite...

Ella se calló y su aspecto era de una persona dominada por el asombro y el espanto; porque la vela que ardía en el otro brazo del candelero, se apagó de pronto como la primera.

No dijo palabra la reina, sino que con pálidos labios y tamaños ojos abiertos se estuvo contemplando las velas que acababan de apagarse.

—Me permite V. M. encender las velas de nuevo? preguntó madama Campan extendiendo la mano para coger el candelero.

—No le toques, dijo la reina en voz baja sujetando el brazo de su camarera. Quiero ver si las otras dos luces...

No acabó la sentencia. De repente toda convulsa, se levantó á espacio de la silla de brazos y llena de espanto señalaba para el segundo candelero, una de cuyas bujías acababa de apagarse en aquel instante.

No ardía mas que una de las dos, y espesas sombras empezaron á llenar el cuarto; pues que alumbraba apenas el centro, derramando una dudosa claridad sobre el rostro pálido y horrorizado de la reina.

—Campan, dijo ella alzando el brazo y señalando para la única vela encendida, si esta se apaga como las otras tres, esa es señal de mal agüero para mí y anuncia la aproximacion de la desgracia.

En aquel punto la bujía rompió en una llamada repentina, que iluminó vivamente el cuarto, y luego empezó á extinguirse por grados.

Otra llamarada y aquella última bujía se apagó por completo, como las restantes, dejando el camarín en espesas tinieblas.

La reina dió un grito agudo y penetrante y se desmayó en la silla.

CAPÍTULO VIII.

ANTES DEL MATRIMONIO.

Estaban reunidos los convidados para las bodas. Madama Bugeaud acababa de prender el velo en la cabellera de su hija Margarita, y darle un beso de amor materno en la radiosa frente. Era aquel el momento en que la madre estrecha á la hija en sus brazos como una niña por la última vez, dice adios á las risueñas escenas de lo pasado y la envía del techo paterno al mundo para que busque nuevo hogar. Para el corazón materno es siempre doloroso ese momento, porque el porvenir es incierto y nadie puede prever las vicisitudes que encierra en su oscuro seno.

Y tambien fué dolorosa para la mujer del consejero Bugeaud esta separacion de su queridísima hija; pero ella dominó cuanto pudo sus hondas emociones, reprimió las lágrimas prontas á saltar del corazón á fin de que no cayera ninguna en la guirnalda nupcial de su adorada Margarita. Porque se dice que si las lagrimas manchan esa guirnalda, nuncio es cierto de futuras desgracias, el sello con que el destino marca la frente de la víctima.

¿Con qué prolijos cuidados no hubiera alejado la tierna madre los dolores y las desgracias del porvenir de su muy amada Margarita! Tan amenazante se presentaba la época, tantas señales de tormenta se descubrian en el lejano horizonte, que sin quererlo, todos mas que ménos, echaban ojeadas de receo é inquietud hácia el misterioso porvenir.

—Ve, hija mia, le dijo madama Bugeaud con sonrisas mas con el corazón despedazado, ve al mundo, sé feliz, y plegue al cielo que no sientas nunca el instante en que dejaste el techo paterno por el nuevo hogar.

—Querida madre mia, le contestó Margarita con animados ojos, la casa á donde voy es la casa de aquel que amo, mi nuevo hogar es su corazón, que es noble, grande, bueno, y en que se encierran todos los tesoros de la tierra para mí.

—Plegue al cielo, repito, hija mia, que tras largos años puedas hacer uso de esas mismas palabras.

—Estoy segura de que las repetiré, madre, porque tal es el presentimiento de mi leal corazón. Toulan me ama y yo no puedo ser infeliz jamas. Pero, escucha, ahí viene; conozco sus pasos. ¿No oyes? Me llama.

Y la jóven, con las mejillas encendidas, dirigió los brillantes ojos hácia la puerta que acababa de abrirse y donde se presentó su amante en traje sencillo oscuro. Su semblante era abierto, mas grave, al paso que sus miradas tiernas y animadas.

Corrió hácia su amada y le besó la manita temblorosa que ella le extendió.

—Los convidados están listos, amor mio. Los carruajes esperan, de modo que así que entremos en la iglesia el padre nos echará la bendicion.

—Pues vamos, Luis; le contestó Margarita dándole el brazo y encaminándose á la puerta.

—Todavía no, alma mia; le dijo Toulan conteniendo el paso. Deseo tener contigo una explicacion ántes de salir para la iglesia.

—Eso equivale á decir, señor mio, que yo estoy aquí demas; dijo la madre de Margarita

sonriendo. No hay que disculparse, hijo, eso es muy natural y yo no debo tener celos. Ya mi hija le pertenece á V., mas que á mí, no tengo derecho de averiguar los secretos de ustedes. Me retiro, Dios oiga lo que el novio tiene que decirle á la novia.

Saludó y salió del cuarto.

—Ya estamos solos, mi Margarita, dijo Toulan rodeándola con el brazo derecho por la cintura. Solo Dios debe oír lo que tengo que decirte.

—Espero, Luis, repuso ella temblando, que no es nada malo lo que vas á decirme. Estás serio y hay cierta solemnidad en tu aspecto. Pero tú me amas todavía, Luis, ¿es así?

—Sí, Margarita, yo te amo; sin embargo, ántes que pronuncies la palabra que atará para siempre tu destino al mio, es fuerza que yo te abra todo mi corazón, que sepas todo lo que siento, á fin de que si el porvenir es espinoso para nosotros, podamos afrontarlo con la mirada serena y espíritu levantado.

—¡Dios mio! ¿A dónde vas á parar? Qué me toca oír?

—Oirás, Margarita mia, que te amo, y que á pesar de eso la imagen de otra mujer se abraza en mi corazón.

—¿Quién es esa otra mujer? Puede saberse?

—Margarita, es la reina María Antonieta.

Respiró la jóven con libertad y se echó á reír.

—¡Ah! Luis, cuánto me habías asustado! Tení que nombrases una rival, cuando la que me mencionas, yo la amo con tanta devoción como tú. Pago á esa un justo tributo de admiración, y tiene lugar en mi pecho, aunque tú debías reinar en él soberano. Jamas tendré celos de la reina.

—No, Margarita, añadió Toulan con dulce sonrisa, no, tú no la amas, ni puedes amarla como yo, porque tú no le debes lo que yo la debo. Escucha, mi vida, te contaré una pequeña historia, historia tan sagrada para mí, que jamas ha salido de mis labios, aunque no encierra nada de extraño para el comun de las gentes. Ven, siéntate á mi lado y escucha.

Condujo á la doncella á un diván arrimado á la pared y se sentó junto con ella. Tenían enlazadas las manos y Margarita no cesaba de contemplar el abierto, noble y agradable semblante del hombre á quien en breve iba á consagrar su destino y su vida.

—Había pues, Luis, te escucho.

—Voy á hablarte de mi padre, Margarita, comencé diciendo el jóven; de mi padre, que por vestirme, alimentarme y educarme, pasó inauditos trabajos y miserias. Había sido oficial del ejército, se había distinguido en muchas batallas, y por su valor fué condecorado con la cruz de San Luis, y despedido del servicio por inválido. Desgracia grande para mi padre, porque siendo pobre, su paga de oficial era toda su fortuna. Pero no, mas noble y mas bella aun le quedaba,—su esposa á quien amaba apasionadamente y un niño de cortos años. De qué le valían sus servicios prestados al rey y á la patria, el asalto de fortificaciones, el afrontar la muerte en cien combates, la pérdida del brazo derecho, que le amputaron para salvarle la vida, ¿si su mujer, su hijo y él mismo quedaban sin recursos? Sin la pérdida de ese brazo, aun pudiera haber continuado en el

ejercicio de las armas, ó buscado otra ocupación ó empleo. Pero ya ni este recurso le restaba, de modo que solo vió delante de sí la ruina de su familia, la miseria, el hambre. No creía él posible, sin embargo, tenia como imposible que el rey dejase morir de hambre á su bravo soldado, caballero de la órden de San Luis, despues de haberse baldado en su servicio. Resolvió pues, ir á París, hacer presente al monarca su situación, é implorar su real munificencia. Este viaje era la última esperanza de la familia y estaba mi padre en vísperas de emprenderlo, cuando enfermó mi madre y murió luego. Era ella su apoyo, su brazo derecho, su enfermera, el maestro de su hijo, y de repente le faltó dejándole como solo arbitrio el favor del rey ó la muerte. Al fin, vendidas las cosas vendibles, padre é hijo pudieron emprender el viaje de París. Figúrate, un inválido cuyo valor le habia costado un brazo y cuyas lagrimas por la pérdida de su esposa por poco le cuesta la vista, y un mozo de doce años de edad, que desde la cuna solo conocia los pesares, aunque en su pecho habia un germen de vida, de esperanza y de alegría, figúrate, digo, en camino de París, en busca del rey, de una quimera. Fuimos á pié, y cuando mis zapatos se gastaron y rompieron con la larga marcha, hinchándose y ensangrentándose los pies, me propuso mi padre llevarme á la espalda. Me resistí, oculté mi cansancio y mis dolores, hasta que caí en el camino desfallecido.

—¡Ah! exclamó Margarita llorosa. ¿Cuánto has padecido! y yo sin saberlo! Esta es la primera vez que me cuentas esta triste historia.

—Cuando empecé á amar, Margarita, olvidé mis pasadas desgracias y despues no quise anular tus alegrías con la relacion de mi historia. Mas ahora te la cuento, para que conozcas mis sentimientos. Oye pues. Llegamos á Versalles al cabo, donde nuestros cansancio y padecimientos encontraron algun alivio reposando en la dura cama de una posada oscura y pobre. Al día siguiente mi padre se puso el uniforme, en que lucia la cruz de la órden de San Luis, y como la inflamacion de los ojos le impedia ir solo, tuve que acompañarle. Nos encaminamos al palacio y entramos en la gran galería, que atravesaba diariamente la córte, á la vuelta de misa en la capilla real. Mi padre, con el memorial en la mano, que yo habia escrito por su dictado, tomó puesto cerca de la puerta por la cual debían pasar los augustos esposos. Yo me coloqué á su lado y con ojos azoradizos no cesaba de contemplar la brillante multitud que llenaba el salon, los caballeros con ricos bordados en sus casacas, tambien con memoriales en las manos, listos para presentarlos, no obstante su risueño aspecto y lujoso porte. Precisamente esos tales fueron desalojando á mi padre, hasta que lo echaron sobre la pared, de modo que le ocultaron de la vista del rey, el cual pasó por en medio llevando la reina al brazo, y recibí con rostro placentero cuantos memoriales le presentaron. En bien triste estado de ánimo nos volvimos á la posada, pero al siguiente día, me propuse que esos caballeros no arrinconaran á mi padre, y lo conseguí. No hubo quien le moviera de la primera fila, teniendo mi valor su recompensa. Vino el rey, y con sonrisa placida, tomó el memorial que le alargó mi padre y lo puso en

la bandeja de plata que para recibirlos llevaba el limosnero á su lado.

—¡Gracias á Dios! exclamo Margarita como aliviada de un gran peso. Al fin se salvaron Vds.

—Tal creimos nosotros tambien, Margarita, pero como verás luego, no sucedió así. Fuimos al otro día al mismo puesto: se presentó el rey: el limosnero mayor leyó en alta voz los nombres de los pretendientes sobre cuyos memoriales habia recaído providencia;... el nombre de mi padre, sin embargo, no fué mencionado. Eso no obstante, nos consoló la idea de que no era posible recibir respuesta tan pronto. Animados de ella, fuimos á la galería y volvimos por catorce días consecutivos, siempre en vano, porque jamas se encontró el nombre de mi padre en la lista de los memorialistas favorecidos. Hoy creíamos que mañana recibiríamos la contestacion del memorial y dia tras dia ocupábamos el mismo puesto en la galería. A compas se tornaba cada vez mas pálido el rostro de mi padre, mas inciertas sus pasiones, y los mios otro que tal por simpatía. Ya no teníamos los medios de acallar el hambre, habíamos gastado la última blanca, solo nos quedaba la cruz de San Luis de mi padre. Pero no nos atrevíamos á deshacernos de ella, porque era nuestro pasaporte para penetrar en el palacio y la galería, y aun abrigábamos la esperanza de ser mas dichosos el décimo quinto día.—Mañana iremos por la última vez, me dijo mi padre en los bordes de la desesperacion. Si vamos en vano, vendré la cruz, cosa de que tú no pases hambre y entonces Dios tenga piedad de nosotros, Luis.—Fuimos en efecto. Estaba mi padre mas pálido que nunca, con todo eso, se mantuvo firme, con la cabeza erguida y los ojos fijos con expresion de desden en los parlanchines y risueños señores que le rodeaban y parecían tenerle en ménos, mientras hacían alarde de sus bordados y encajes. Yo tambien, allá en mis adentros odiaba su orgullo insolente y su frívola vanidad, que porque tenían ricas ropas y relaciones, se creían mejores que mi padre, no siendo en realidad sino pretendientes, humildes memorialistas como él. Entraron en la galería el rey y la reina, y cesaron las risas y la charla de aquellos moscones. El primero se adelantó al medio del salon y mientras el limosnero mayor leía la lista, los favorecidos se acercaban al monarca y recibían de sus manos lo que apetecían ó que contribuía á mantener vivas sus esperanzas. Cerca de él se hallaba la jóven reina, en conservacion con algunos señores de la córte, deteniéndose su vista de cuando en cuando en el rostro grave y triste de mi padre. En días anteriores habia notado yo la misma escena, y cada vez no parecia sino que un rayo de sol habia penetrado hasta mi pobre corazón, haciendo brotar nuevas flores de esperanza. En el día á que me refero, fué mas viva, si cabe, la sensacion que experimenté: la reina ya nos conocia. Mi padre miraba al rey y me repetía por lo bajo: esta será la última vez que yo le vea; pero mis ojos no se apartaban de ella, y contestaba en el propio tono, á mi padre, apretándole la mano fria y húmeda:—¡Valor! valor! La reina nos ha visto.

En efecto, ella paró de pronto la conversacion que seguía con el cortesano y atravesó el salon en direccion de nosotros con vivos y lige-

ros pasos, los azulosos ojos despidiendo rayos de bondad, los rosados labios contraídos por una celestial sonrisa, las mejillas animadas por la emocion, en traje sencillo mas elegante, y toda ella envuelta en una atmósfera de gracia y majestad.—Querido señor, dijo, y su voz nos resonó como música divina, ¿habeis presentado un memorial al rey?—Sí, señora, contestó mi padre temblando, catorce días há.—¿Y en todo ese tiempo no habeis recibido respuesta? Dia tras dia os he visto con ese jovenzuelo y he pensado que esperando contestacion.—Así es, señora, la espero, es decir, una decision de que pende mi vida ó mi muerte.—¡Pobre hombre! dijo la reina en tono de honda simpatía. Es espantosa una espera de catorce días. Os compadezco sinceramente. ¿No teneis alguna persona que agencie vuestras reclamaciones?—Augusta señora, solo tengo esta manga vacía, porque de ella falta el brazo derecho, que me represente en el tribunal de S. M., ninguna otra proteccion que la justicia de mi causa.—¡Pobre hombre! repitió la reina suspirando, poco conocéis el mundo, sin duda, cuando creis que eso basta. Si me lo permitis, sin embargo, tomaré á mi cargo vuestra proteccion y seré vuestra intercesora con el rey. Déjeme su nombre y residencia.

Dióselos mi padre por escrito, los leyó la reina atentamente, como para encomendárselos á la memoria, y añadió luego sonriendo:—Esperad aquí mañana á la misma hora, que os traeré la respuesta del rey.—Aquella fué la única vez que salimos del palacio con el corazón lleno de valor y esperanzas halagüeñas. Se nos quitó el cansancio y el hambre, no hicimos caso de las quejas del posadero, quien protestaba por todas las almas del purgatorio, que se le habia agotado la paciencia y estaba decidido á echarnos de la posada si no le pagábamos dia á dia por el uso de la miserable cama. No obstante, le rogamos tuviera paciencia hasta el siguiente dia, declarándole nuestras esperanzas y las razones en que las fundábamos. Al cabo llegó el ansiado dia, y á la hora de audiencia ya estábamos nosotros en nuestro puesto de la galería. A mí me latía el corazón con violencia y aunque nervioso, la cara de mi padre lucía mas animada que de ordinario. Abriéronse las puertas y entraron SS. MM., seguidos de toda la córte.—Ruega por mí, hijo mio, me dijo mi padre al paño, ruega porque mis esperanzas no salgan fallidas, pues si fallan temo caerme muerto aquí mismo.—¿Pero qué habia yo de orar, ni de pensar? Solo tenia ojos para ver á la jóven reina, tan hermosa y esplendente, que se me figuraba una nube de oro rodeada de las estrellas del ciclo. Desde que entré en el salon, advertí que empezó á buscarnos con sus expresivos ojos, hasta que se encontró con los mios, y entonces iluminó su semblante una sonrisa celestial. Vino derecho á nosotros con un pliego sellado en la mano, y dándole á mi padre, dijo:—Aquí teneis lo que deseais. El rey se complace en poder recompensar de este modo, en nombre de la Francia, á uno de sus mejores oficiales. Os concede una pensión anual de 300 luses de oro, y deseo que tanto vos, como vuestro hijo, vivan muchos años y gocen felicidad y salud. Presentaos con este papel al Tesorero y os abonará el primer tri-

mestre.—Y así que ella notó que á mi padre le daba un desmayo, llamó en alta voz á algunos caballeros de la corte, les recomendó tuvieran cuidado de él, que le sacaran al aire libre y que le enviasen á su posada en uno de los coches reales. ¡Cómo cambiaron entónces respecto de nosotros aquellos mismos caballeros que dos días ántes no se habian dignado parar la atención en el estropeado oficial ni el rapaz que le servía de Lazarillo! Lo mismo sucedió con el posadero, luego que nos vió llegar en un coche de S. M.; no sabía cómo complacernos, ni alojarnos con comodidad y decencia. Sí, la reina nos habia salvado de la miseria y con una palabra nos habia hecho felices.

—¡Dios bendiga la reina! exclamó Margarita levantando ambas manos al cielo. Ahora la amo doble, porque sé que ha sido tu bienhechora. ¡Ah! ¿Por que no me has contado ántes esa historia? Pero de todos modos te la agradezco por el bien que ha hecho á mi corazón.

—Amada mía, agregó Toulan con gravedad, hay experiencias del alma humana que solo se pueden revelar en los momentos de prueba de la vida. El día ha llegado hoy, y yo levanto los velos que ocultan mi corazón a fin de que veas y sepas lo que despues de tí, solo Dios ve y sabe. Desde el día en que por última vez pisamos la galería del palacio y la reina nos dió vida y felicidad, le pertenecieron mi alma y mi corazón. A ella le agradecí el contento de mi padre. Las horas agradables que pasamos juntos, los conocimientos que adquirí, los estudios que emprendí, mi posición presente; todo se lo debo á la hermosa y noble María Antonieta. Tornamos á nuestro primitivo hogar, y yo concurrí á una escuela para aprender algunos ramos de una carrera puramente mercantil, la de librero. Porque mi padre no quería que yo siguiera la de las armas, en que le habia ido tan mal.—Busca una ocupación independiente, me decía; sé hombre libre, aprende á depender de tí mismo. Usa las facultades de tu entendimiento con entera libertad, sienta plaza de soldado del trabajo, y de esta manera servirás mejor á tu país. Sé, que en la hora del peligro serás un verdadero soldado de tu reina, y pelearás por ella mientras te dure el aliento.—Prometí hacerlo así en la hora de su muerte. Aun entónces vió él los oscuros y peligrosos días por que ahora pasa el reino, aun desde entónces oyó él los mugidos de la tempestad cuya aproximación ya se tiene por inevitable. A menudo á mi vuelta á casa, le encontraba leyendo, con los ojos llenos de lágrimas, los folletos y periódicos que nos llegaban á Ruan de París, los cuales nos parecían ni mas ni menos las aves precursoras de la tormenta.—La reina es un ángel de inocencia y de bondad, me decía, y sin embargo, hay quienes traduzcan estas cualidades, la una por malicia, la otra por maldad. Ella es como el cordero rodeado de tigres. Júrame, Luis, que si Dios te ayuda buscarás ese cordero y procurarás libertarle de los tigres sedientos de sangre. Júrame que consagrará tu vida en su servicio.—Y se lo juré, Margarita, no ya solo por él, sino por mí mismo; repitiendo yo todos los días en el fondo de mi pecho: A la reina María Antonieta le pertenece mi vida, pues á ella le debo todo lo que la hace agradable.

Saí de Ruan cuando murió mi padre, y me trasladé á París, continuando en esta mi ocupación de librero. El instinto me decía que no estaba distante el día en que los amigos de la reina tendrían que defenderla, y que hasta que llegase el peligro real, quizás se verían en el caso de llevar la máscara. Ya hallegado ese día, Margarita, la reina está en peligro, los tigres rodean al cordero y no podrá escapar. Enemigos aquí, enemigos allá, enemigos dentro del mismo palacio. La ha perseguido con injuriosos epigramas por años seguidos su propio cuñado el conde de Provenza, porque no puede olvidar que el rey hace mas caso de los consejos de su esposa que de los de su hermano, el cual la odia. Si es el conde de Artois, ántes el solo amigo de María Antonieta en la real familia, también se ha pasado á las filas de sus enemigos, solo porque se opuso al parecer de los hermanos del rey que querían la doble representación del Tercer Estado, y ella aconsejó que se cumplieran los deseos de la nación y se convocaran los Estados Generales. El conde la acusa de parcial por el pueblo, al paso que este último no cree en el amor de la reina, se ha vuelto contra ella, la odia, y á ello contribuyen todos los partidos. Otro tanto ocurre con el duque de Orleans, quien no puede perdonar á S. M. le mire con el desden que merecen sus infamias. Si son las tías de la reina no pierden ocasion de vengarse de ella por la oscura posición á que las han consignado su edad y sus ideas atrasadas, mas bien que la belleza, la juventud y el talento de María Antonieta. La corte toda, esas malignas y celosas señoras, le hacen pagar caro por su afición á los Polignac. Han vilipendiado su nombre, le han asestado tiros con toda clase de armas prohibidas y de mala ley,—calumnias, folletos, epigramas, libelos infamatorios. Achácanle la causa de todo lo malo que sucede, y la hacen responsable de todos los males de la nación. Segun sus enemigos, la reina tiene la culpa de los atrasos del Tesoro, y desde que el ministro ha declarado el país en quiebra, los Parisienses llaman á la reina madama Deficit. Maldícenla cuando sale á paseo y cuando va al teatro; aun en los jardines de Saint Cloud y el Trianon, hay quien se atreve á insultarla. Truenan contra ella en todos los clubs de París y la llaman la destructora de la Francia. Los enemigos de María Antonieta, en fin, han resuelto su caída y es tiempo que sus amigos se preparen á defenderla. Ya ha llegado el momento en que cumplo el voto que hice á mi moribundo padre. Dios en su infinita bondad ha querido que yo surja y prospere; mi posición hoy es holgada é independiente; la confianza de mis conciudadanos me ha elevado á consejero; empleo que he aceptado no por vanidad ó ambición sino porque me facilitará la oportunidad de servir á mi reina. Llevo máscara; ostensiblemente pertenezco á los demócratas y agitadores; ante el mundo aparezco como enemigo de la reina, á fin de poderla servir mejor como amigo; porque te repito delante de Dios, suya es mi vida, mi ser, mi alma. Te amo, Margarita; de tí espero todo lo que hace agradable la vida, y sin embargo, es fuerza que esté listo para dejarte á toda hora, para ver arruinada mi dicha sin una queja, sin un suspiro, como se trata de servir á mi reina. A tí te ama mi

corazón, á ella mi espíritu adora. Do quiera que yo esté, Margarita, acudiré al llamado de la reina, aun cuando sepa hallar la muerte á su lado.

Atravesamos, amada mía, una época oscura y tempestuosa, el país parece amenazado de una convulsion general. Las pasiones empiezan á desencadenarse, todos parecen animados del deseo de pelear por la libertad y romper las cadenas con que creen que los oprime el gobierno. Comienza á abrirse un abismo entre la corona y la nación, abismo que en vez de colmar, mucho temo, ensancharán todavía mas los Estados Generales. Sabiendo todo esto, Margarita, ¿querrás aceptar mi mano, la cual es verdad te ofrezco con todo mi corazón? Querrás ser mi esposa, conociendo que mi vida no te pertenece á tí sola? Te hallas dispuesta á dividir conmigo los peligros de una época tempestuosa y á consagrarle conmigo al servicio de la reina? Medítalo ántes de contestarme, Margarita. Considera que exijo de tí un grande sacrificio,—ligar tu existencia á la de un hombre listo siempre á dar la suya por otra mujer, á dejar su amada para correr á la muerte en defensa de su reina. Sondea tu corazón y si hallares que el sacrificio es demasiado duro, vuélveme la espalda, yo seguiré mi camino, no exhalaré una queja, creere que todo es por nuestro bien, te amaré mientras aliente, y te agradeceré eternamente las dulces horas que me has hecho disfrutar á tu lado.

Al concluir su discurso le echó una mirada suplicatoria; pero Margarita no le volvió la espalda. Léos de ello, una sonrisa celestial bañó sus menudas facciones, sus ojos reimpaguearon de amor y emoción, y cuando los clavó en los ojos de su amante, le echó los brazos al cuello, oprimió su cabeza contra el seno, besó sus cabellos oscuros y rizados, y le dijo:

—Ay! Luis, yo te amo á pesar de todo, y me siento dispuesta á consagrarle mi vida, á dividir contigo los peligros, á no desampararte nunca. Soldado de la reina, en mí hallarás siempre un camarada. Contigo pelearé en su defensa, contigo moriré por ella, si fuese necesario. En comun la amaremos, en comun la serviremos, y con felicidad y amor le agradeceremos el bien que te hizo a tí y á tu padre.

—¡El cielo te oiga y te bendiga! exclamó Toulan correspondiendo á sus caricias. ¡Dios te bendiga, ángel de mi amor y felicidad! Ya eres mía, Margarita, porque en este momento nuestras almas se han ligado para siempre con lazos de amor y ternura. Nada puede ya separarnos, mano á mano harémos la jornada de la vida, teniendo á la mira la misma y sagrada meta. Vamos, pues, coloquémonos ante el altar de Dios, y por medio de un juramento demos testimonio del amor que profesamos á nuestra reina.

La presentó él el brazo, y, ambos risueños, bañados sus rostros de indecible contento, salieron del salon y se reunieron á los huéspedes, que ya los esperaban con marcadas señales de impaciencia. En la iglesia, cuando el cura les echaba la bendición mientras los novios se estrechaban las manos, cambiaron una mirada de inteligencia. En aquel momento ellos comprometían su fé á la reina y en vez de entre-

garse el uno al otro, en realidad ambos se entregaban á su soberana.

A la terminación de las ceremonias, salieron todos de la iglesia de San Luis y se dirigieron en carruaje á celebrar las bodas en Versailles, donde el consejero Bugeaud habia hecho preparar un opíparo banquete.

—Me explicarás ahora, hijo mio, le dijo él á su yerno, ¿por qué deseabas celebrar las bodas en Versailles? Por qué no en París?

—Padre mio, os diré en dos palabras la razón; respondió Toulan oprimiendo contra su seno el brazo de la novia. Quería que fuese aquí, donde el país erige su altar, donde la nación dentro de breves días se encontrará cara á cara con estas pobres majestades de la tierra, donde se reunirán pronto los Estados Generales para defender los derechos del pueblo contra las usurpaciones del soberano, aquí quería dar á mi vida una nueva consagración. De hoy en mas Versailles me será doblemente caro, porque á él le deberé mi dicha como hombre y mi libertad como ciudadano. Hamme hecho la honra en Ruan de elejirme diputado del Tercer Estado, y, como dentro de pocos días se reunirá aquí en Versailles la Asamblea nacional, deseaba enlazar con el lugar mi futura felicidad. Quise casarme en la iglesia de San Luis porque amo al buen rey Luis XVI. El es el amigo sincero y firme de la nación y sería feliz su pueblo, si se lo consintiese la reina, la Austriaca.

—Así es, repuso el consejero suspirando, quien á despecho de su parentesco con madama de Campan, pertenecía á los contrarios de la reina. Bien dicho, si la Austriaca se lo permitiese. Pero ella no quiere que la Francia sea próspera y dichosa. ¡Ay! de la reina! todos nuestros males nos vienen de ella!

CAPÍTULO IX.

APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES.

En la mañana del 5 de mayo de 1789, ocurrió la apertura de los Estados Generales de Francia. Se habia señalado esa fecha, para prolongar lo mas que fuese posible el ceremonial de los procedimientos, al mismo tiempo que para aprovechar el tiempo en prepararle una humillación marcada á los miembros del Tercer Estado.

Como la mas apropiada para recibir á los mil doscientos representantes de la Francia, se escogió una gran sala del palacio en la calzada de Versailles, muy hermosa y capaz. Escogida se adornó en debida forma. El mismo Luis XVI, que era amigo de trazar planos y adornos arquitectónicos, tomó á su cargo con calor las innovaciones y mejoras del salon.

De mucho tiempo atras habia considerado el rey, que era necesario preparar digna y convenientemente, en ocasion tan señalada, el sitio donde iban á reunirse los representantes de la nación. Para ello, habia escogido él en persona las colgaduras de los adornos y las cortinas que debían proteger los diputados y espectadores contra la viva claridad del día.

Quando llegaron los miembros del Tercer Estado, vieron con sorpresa grande que no debían entrar en el salon por la misma puerta destinada á los representantes de la nobleza y